

INICIATIVAS COMUNITARIAS TRANSFORMADORAS, NUEVAS PRÁCTICAS ECONÓMICAS Y DE CONSUMO

Entrevistadora: María Haydée Fonseca Mairena¹⁹

Entrevistados: Eduardo Letelier Araya²⁰,

Alejandro Marambio Tapia²¹ y Julien Vanhulst²²

En primera instancia, invitamos a los participantes del conversatorio a comentarnos sobre los proyectos de investigaciones que están desarrollando y cómo, desde ahí, se han acercado a temas relacionados con las iniciativas emergentes para la sustentabilidad socio-ecológica y el desarrollo alternativo.

EDUARDO: Con un equipo de colegas de la Universidad Católica del Maule, de la Universidad de Concepción y de la Universidad de Playa Ancha, estamos implicados en un proyecto que aborda la creación y la gobernanza de bienes comunes. En general, cuando las personas piensan en la economía, creen que solamente se trata de actividades privadas, actividades con lucro que no tienen nada que ver con la gestión del bien común. Lo que estamos viendo en este proyecto es

19 Académica de la Escuela de Ingeniería Comercial, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad Católica del Maule (UCM). Investigadora del Centro de Estudios Urbano-Territoriales (CEUT).

20 Académico de la Escuela de Ingeniería Comercial de la UCM. Ingeniero comercial, Economista de la Universidad de Chile, Magíster en Economía de Recursos Naturales y Medio Ambiente, Universidad de Concepción, con estudios de doctorado de Economía Social de la Universidad de Mondragón (País Vasco, España). Sus áreas de investigación son el desarrollo económico local y la economía social y solidaria.

21 Académico de la Escuela de Sociología de la UCM. Licenciado en Comunicación Social por la Pontificia Universidad Católica de Chile, Magíster en Comunicación Pública y Magíster en Sociología de la Modernización, ambos por la Universidad de Chile. Doctor en Sociología por la Universidad de Manchester (Reino Unido). Sus áreas de especialización son el estudio social de la economía, la sociología del consumo, y el estudio de la estructura social.

22 Académico de la Escuela de Sociología de la UCM. Sociólogo por la Universidad Libre de Bruselas (Bélgica), Magíster en Ciencias y Gestión del Medio Ambiente, Doctor en Ciencias Ambientales y Doctor en Sociología por la Universidad Alberto Hurtado. Co-fundador y miembro del comité editorial de la revista abierta "Alternautas". Sus áreas de investigación se vinculan a la sociedad y el medio ambiente, la sustentabilidad, el análisis del discurso, la sociología de las ciencias y otras economías.

que una diversidad de bienes comunes son la base que sustenta a muchas actividades económicas. Podemos pensar en el turismo, que depende de una playa o de un bosque bien cuidados; o en la apicultura, que depende de zonas de pecoreo de las abejas. Si estas zonas se destruyen, afectan a todos quienes dependen de ese recurso. Estamos trabajando sobre ese tipo de análisis en particular: la creación y la gobernanza de bienes comunes que sustentan diversas actividades económicas en la Región del Maule.

Vemos también que la destrucción o crisis de estos comunes genera preocupación al interior de las comunidades locales, lo que deriva en su activación. Una activación en clave de qué derechos tengo yo sobre este tipo de recursos o bienes, lo que resulta esencial para proyectar la sustentabilidad de estas actividades económicas.

Pensamos en la relación íntima entre el turismo y la calidad del medio ambiente, que es un bien común que no le pertenece a nadie en particular y que, a la vez, afecta a todos. Estamos analizando cómo las comunidades se organizan para defender, gobernar, gestionar estos bienes comunes, y qué conflictos y tensiones están enfrentando hoy día, particularmente, en un contexto que prioriza la propiedad privada. Esto lo vemos en el caso del agua, un bien esencial del cual dependen todos y que hoy en día está sujeto a mucha presión. Lo vemos también en el caso de los incendios forestales, un mal común que afecta la actividad económica en gran parte de la región. También lo estamos viendo en términos del cambio climático y de la biodiversidad. Por dar un ejemplo, hoy día se han puesto de moda y han sido revalorizadas una serie de cepas de vino tradicionales. La cepa País, en particular, comienza a ser considerada como un patrimonio colectivo. Estamos en esos temas, tratando de apoyar los esfuerzos que las comunidades locales están desarrollando para dar gobernanza y sostenibilidad a estos bienes comunes y, por lo tanto, también a sus propias iniciativas particulares.

ALEJANDRO: Yo estoy trabajando en un proyecto que partió hace poco, durante este año 2021. Mi tema está relacionado con iniciativas vinculadas al consumo, que primordialmente es considerado como una actividad meramente económica, como comprar algo. Sin embargo, esto también suele estar vinculado con una crítica a la sociedad, a través de un concepto de uso bastante común, como el consumismo. Por otra parte, el consumo ha sido vinculado con una suerte de expresión de identidad. El corolario de todos estos conceptos me hizo pensar: ya que el consumo parece ser algo sustancial en la sociedad actual, ¿qué hay más allá? Entonces, me interesé en estudiar en qué está realmente el consumo ahora. ¿Qué podemos decir más allá de los aspectos que acabo de mencionar?

El consumo está presente en otro tipo de cuestiones, quizás no solo como expresión de identidad, sino también en ámbitos muy comunes y corrientes, como el consumo de energía. También está presente en la crítica a cómo se vive en sociedades reconocidas por su precariedad, ¡y vaya que hemos reflexionado sobre eso en Chile en los últimos dos años! No porque ahora nos transformamos en una sociedad precaria, sino más bien porque empezamos a tematizar mejor estos asuntos que ya existían.

Por otro lado, el consumo se vincula bastante a otros conceptos asociados con la sustentabilidad. Por ejemplo, actualmente escuchamos sobre el consumo responsable, que me gustaría criticar y poner sobre la mesa, porque es un concepto que principalmente nos responsabiliza a nosotros mismos de los problemas socioambientales. En el fondo, este concepto nos dice que debemos consumir responsablemente, porque es a través de nuestras acciones individuales que va a cambiar la situación en la cual nos encontramos. Eso deja fuera a los responsables institucionales, que son principalmente las empresas y los estados. También deja fuera los asuntos estructurales que nos llevan a comportarnos de esa manera. Entonces, lo que trato de hacer en mi proyecto es centrarme en cómo el estudio del consumo puede ser visto más allá de una mirada material, pensándolo como un concepto que merece ser analizado desde un punto de vista político. Este es el punto central de mi proyecto de investigación: el consumo no sirve sólo para hacerse de bienes materiales y/o no sólo para expresar identidad, sino que nos abre una mirada más política. Nos permite decir cosas, hacer cosas, significar cosas, desde un punto de vista político.

JULIEN: Para comenzar, quería señalar que, con Eduardo, Alejandro y Haydée, colaboramos en distintas vertientes de los proyectos mencionados anteriormente. Es importante recalcar el trabajo colaborativo que hemos construido en la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, un espacio para pensar estas otras economías, otros desarrollos, otros consumos. Lo que se está logrando es un diálogo multidisciplinar que es necesario para mirar estos fenómenos emergentes. En particular, mi proyecto lleva por nombre “¿Sostener lo insostenible?” y asume que estamos transitando por un periodo llamado Antropoceno. A la luz del Antropoceno, se entiende que el ser humano está transformando las condiciones ambientales de existencia y la consecuente crisis civilizatoria tendría que ver con esta situación. El proyecto propone entender el tipo de respuestas que se han configurado en Chile, tanto a nivel macrosocial (de las políticas públicas, de las normas) como a nivel microsociales (de las prácticas y de la vida cotidiana, incluido el consumo). En ese proyecto colaboramos con Alejandro en mirar ciertas pautas de consumo, y cómo estas se condicionan, o no, con las condiciones de existencia, de sustentabilidad. Me aproximó a este proyecto desde la hipótesis de la simulación, que plantea que las respuestas que se están configurando frente al Antropoceno, frente a la crisis socioambiental, no son suficientes, sino que están desfasadas con el diagnóstico de cambios sociales sin precedentes y de la identificación de sus causas.

El diagnóstico y la identificación de sus causas parecen estar siempre más claras y más aceptadas. Sin embargo, no vemos aún el tipo de respuesta necesaria para poder superar esta crisis. Desde hace un tiempo, uno se pregunta si realmente todavía se puede hablar de crisis, porque si no se termina, es una condición. Parece que el cambio climático no se va a resolver, entonces, ya es una condición con la que tenemos que vivir. En el contexto de este proyecto de investigación, que quizás puede sonar pesimista, planteamos, en una de las últimas etapas, dar cuenta de iniciativas para la sustentabilidad que suponen construir otra economía, otros valores, otros modos de vida, otras formas de producción y de consumo, otras relaciones sociales, y otras relaciones con el medio ambiente, que apuntarían a construir la sustentabilidad.

Vemos que muchas de estas iniciativas comunitarias y económicas surgen, o resurgen, en momentos de crisis. Lo estamos viendo ahora con la pandemia por COVID-19, pero también podemos entender las crisis de forma general, como un momento de tensión donde brotan y quedan al descubierto ciertas injusticias, ciertos límites. Entonces, en estos momentos, ¿cómo pueden generarse condiciones para que ciertas realidades salgan a la luz y, por lo tanto, generen nuevos contextos para la acción?

Esto lo podríamos graficar como un globo que se va inflando, al inicio nadie se percata de que hay más aire, pero hay un punto en que el globo está llegando a su límite y llama la atención. Entonces, en ese punto nos preguntamos, ¿por qué se llegó a tanto? ¿Qué pasó? Es un momento en el cual surgen nuevas preguntas, nos podemos replantear nuevos conceptos. En este escenario, ¿cuáles son sus reflexiones respecto a la relación entre momentos de tensión (o crisis) y estas nuevas formas de consumo? ¿Cómo cambian las aproximaciones a la gobernanza de comunes, a la sustentabilidad?

EDUARDO: Quisiera retomar la idea de que los bienes comunes se evidencian en el contexto de una crisis, porque mientras están ahí y todos se benefician de ellos, nadie se pregunta de dónde vienen, cómo se están usando, en qué intensidad. De alguna manera, “el golpe avisa”. La crisis es un detonante fundamental de la gobernanza de los bienes comunes. Cuando llega una empresa vitivinícola a Cauquenes y compra una cantidad de derechos de agua para poder establecer sus plantaciones, se instala a la cabecera de una cuenca y planta mil hectáreas de viñas de una sola vez, todo el mundo se pregunta de dónde va a salir esa agua. Pues la empresa va e instala un tranque para poder regar sus plantaciones, utilizando la cuenca. Cuando se instala una planta de elaboración porcina y empieza a generar el problema del olor, ese olor tiene varias consecuencias, incluso en el aroma del vino. Entonces, ahí aparece la pregunta. ¿Qué derechos tengo yo en relación a este bien común? La respuesta podría ser: el derecho a contar con aire limpio, o a contar con agua suficiente o con bosques nativos que proveen distintos bienes comunes.

En general, todos los procesos que estamos analizando tienen esa característica. Es la crisis la que da la señal de alerta en relación a los bienes comunes y eso genera una activación de las comunidades y en términos de politización, de plantearse acuerdos colectivos respecto a cómo gestionarlos. Evidentemente, eso está mediado por dinámicas de conflicto más o menos agudas. Es lo que uno observa. Un caso paradigmático puede ser la cooperativa Lomas de Cauquenes, histórica en la zona del Secano, que surge como resultado del terremoto del año 1938, cuando hubo que abordar el proceso de reconstrucción. Surgió la necesidad de una acción colectiva para reactivar la economía local. En este caso, ocurrió con apoyo del gobierno a través de la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO).

Vemos lo mismo en el turismo, que es muy dependiente de la existencia de bienes comunes satisfactoriamente manejados. El problema del turismo es justamente cuando se descontrola y termina destruyendo los mismos bienes que le dan sustento. Cuando, por ejemplo, llegan “ma-

reas” de personas a la playa y dejan todo inmundado. Situaciones como esas hacen trizas el activo principal en el cual se sustenta la actividad turística. Muchos casos de esta naturaleza son los que estamos analizando y, justamente, la sustentabilidad pasa por la organización de las comunidades, que definen reglas de uso y las hacen cumplir. Para ello, se necesita que las reglas de uso sean legítimas y sean percibidas como justas por todos los participantes.

JULIEN: Con tu pregunta, Haydée, uno puede pensar que lo que estamos mirando es acción colectiva; reacciones frente a amenazas determinadas. En la línea de lo que presentaba Eduardo, puede suceder que haya otro actor que viene a aprovecharse de un recurso natural determinado, como el agua, y se detecte una amenaza que atenta contra el acceso a este vital elemento. Otro ejemplo podrían ser las acciones o articulaciones sociales frente a la crisis sanitaria. Uno podría suponer que las personas que se han articulado en estas acciones, podrían sustentar su lucha en valores como la justicia. Pero la pregunta es si estas luchas se limitan a una noción parcial de justicia, o si también apunta a las “patologías” más profundas que se evidencian en estas situaciones. La simulación es no cambiar, es luchar por la justicia democratizando ciertos espacios, pero sin transformar realmente las reglas del juego, el modo de hacer, de pensar, etc.

Entonces, ¿qué buscan las formas de lo político que emergen con estas nuevas acciones? ¿Democratizar el consumo? O, por ejemplo, en la educación u otros ámbitos que han sido reivindicados a propósito del estallido social, ¿qué se busca? ¿Poder acceder a lo que hay, o transformar la educación? Haciendo uso de la metáfora que nos proponía Haydée, a través de estas acciones, ¿queremos seguir inflando el globo?, ¿queremos repartirlo de otra manera?, ¿queremos tener una pequeña parte de este globo? o ¿queremos desinflar el globo? Esas son preguntas que me hago en relación a estas acciones que se autodefinen como sustentables o que participan en la construcción de los que entendemos por sustentabilidad. Identificando y reconociendo estas acciones podemos preguntarnos: ¿cuáles son transformadoras? ¿Cuáles logran una transformación, aunque sea una mínima?

ALEJANDRO: Primero, me remito a la pregunta inicial que nos propone Haydée. Efectivamente estamos en un momento de crisis, pero es una crisis sobre otra crisis y, a su vez, hay crisis parceladas. Cada esfera de la sociedad tiene su crisis particular. Para referirme al tema de lo político, retomo una lectura, que se maneja hace bastantes años, sobre una cierta desafección política por parte de la ciudadanía, que se entiende como un fenómeno a nivel global. No obstante, pueden identificarse algunas iniciativas que llamo de “consumo politizado”, que pueden tener distintos niveles de politización. Esto, entendiendo que el consumo es una cuestión axial de las sociedades contemporáneas, por lo que hay que prestarle atención para explicarnos algunas cosas.

Por otro lado, tenemos las formas convencionales de la política –partidos, elecciones, etc.— que están bastante desprestigiadas. Entonces, juntando esos tres ingredientes (relevancia del consumo, crisis global, desafección de la política representativa), derivamos en que, hipotéticamente,

te, habría prácticas –incluso organizaciones y redes— que tienen que ver con el consumo, que en realidad se constituyen como formas de algún nivel de participación y/o conciencia política. Me parece que habría que hacer esa distinción útil con respecto a lo que apuntaba Julien, en relación con que hay iniciativas que quieren integrarse a las reglas ya existentes o bien quieren transformar las reglas o cambiarlas por completo.

En este contexto, para mí, los nichos de mercado que se generan en torno al eco-consumismo o a las eco-innovaciones de mercado no son iniciativas de consumo politizado, sino más bien pueden tener ese ingrediente de simulación al que hace referencia Julien. Es casi aprovechar una tendencia dentro del mismo sistema. Esto es propio del espíritu del capitalismo contemporáneo, de mostrar una cara más “amable”. Por otra parte, a mi parecer, hay un abanico de acciones que pueden ser incluso hasta inconscientes, muy sumidas en la rutina, con la potencialidad de politizarse. Evidentemente, dentro de este espectro, hay iniciativas que tienen un perfil más amplio, como una organización consolidada, por ejemplo, una cooperativa de consumo. Distinguiría las cooperativas de consumo de las cooperativas de producción, para este caso, porque involucra un nivel de organización, un nivel de agencia, que expresa –a través de esos actos de consumo— una visión del mundo. No asevero que automáticamente todo esto sea una forma de expresión política, pero hay bastantes ingredientes en estas iniciativas de consumo politizado que son relevantes, considerando además que hay un montón de otras formas de expresión política que van en declive.

En el otro extremo, hay cuestiones que tienen que ver con situaciones mucho más cotidianas de nuestra vida. Volviendo a la idea de la sociedad de consumo, por ejemplo, el darse el trabajo y el tiempo de aprender y reparar algo, que antes podía ser un asunto bastante trivial, ahora es casi un acto de heroísmo. El reparar cosas que están roídas –que puede ser ropa, electrodomésticos— es ir en contra de la tendencia, en la línea de lo que estaba mencionando Julien. En vez de seguir haciendo girar la rueda del consumo, esto es ir completamente en dirección contraria. Entonces, ahí es donde quiero poner el ojo con mi proyecto, en cuestiones que van de lo doméstico a lo público. Este tipo de cosas empiezan a salir del ámbito pedestre, donde podrían haber estado inicialmente circunscriptas, y van transformándose, inspiran un meme o un eslogan político: “reparar es un acto de rebeldía”. En esa frase hay una lectura del momento político de la sociedad de consumo. Tenemos, por un lado, estos actos que forman parte de una visión de la economía circular –si lo ponemos en términos conceptuales— y, por otro, tenemos algo más organizado que evidencia un nivel de reflexión y de conciencia un poco mayor. Hay muchas cosas que están pasando en esa línea, algunas apuntarán quizás a resolver los grandes temas, pero hay otras que están recién partiendo y apuntan a resolver problemas más inmediatos. Eso es lo que me interesa ver en términos empíricos.

Me encantó esa frase: “reparar es un acto de rebeldía”, porque nos muestra que no solo estamos reparando aquello porque no podemos comprar nuevo, sino porque hay otras formas de hacer las cosas. Lo vemos bastante en las iniciativas de trueque, que no son

prácticas nuevas, pero en el contexto actual resurgen. Al respecto, las nuevas tecnologías y las redes sociales juegan un rol importante para facilitar la coordinación, masificación y viabilidad de muchas de estas prácticas comunitarias. Además, me pregunto: ¿por qué tiene que haber crisis para el desarrollo de estas iniciativas? ¿Por qué necesitamos crisis para hacernos las grandes preguntas? Tiene que ver con lo que estábamos hablando, de la conciencia política. También sucede que en momentos de crisis surgen iniciativas comunitarias y después se van apagando. Entonces, ¿cómo hacemos que estas acciones sean sostenibles y que más que resolver un problema coyuntural apunten a ser transformadoras? ¿Qué podemos hacer desde la academia, desde el gobierno, desde las mismas organizaciones comunitarias, para su sostenibilidad?

EDUARDO: A propósito de la pregunta, me gustaría compartir parte del trabajo que estuvimos haciendo en la zona de Sagrada Familia. Estuvimos discutiendo, con una cooperativa, cuáles son los bienes comunes que permitían sostener en el tiempo la actividad económica que ellos desarrollaban. Esto nos llevó a hacer un ejercicio de cartografía social, donde las propias comunidades dibujaron el territorio, identificando y descubriendo también sus bienes comunes, porque a veces es algo que está implícito. Aparecieron aspectos bastante interesantes. Por ejemplo, cuando hablamos de cómo gestionaban el agua, para ellos los derechos de agua no tenían sentido, porque hay muchos más derechos entregados que agua “real”. Entonces, comentaron que han tenido que ponerse de acuerdo en un mecanismo de uso para poder distribuir lo que existe.

Con la cooperativa Caupolicán desarrollamos un mapa a partir del análisis del territorio. Es un territorio donde hay plantaciones de cerezos, que conviven con plantaciones de monocultivo y con las zonas viñateras. Aquí pasaban dos cosas. Primero, el agua no era suficiente, era mucho menos que los derechos reconocidos. Por tanto, ellos habían creado un mecanismo propio. Es notable, porque evidencia cómo las propias comunidades se organizan frente a la necesidad de gestionar un bien común: se organizan, definen reglas de uso y van construyendo gobierno. Aspectos como estos toman importancia a propósito de la coyuntura constitucional actual.

En segundo lugar, a partir de la cartografía social, vimos que en el territorio había un problema vinculado a la aplicación de plaguicidas. Estas plantaciones de cerezo están en una zona de intenso uso de agroquímicos. Eso afecta la posibilidad de que cualquiera de estas viñas pueda tener algún tipo de reconocimiento de certificación orgánica o ecológica, afecta la calidad del producto que ellos están sacando.

La hipótesis del proyecto que estamos trabajando es que, por un lado, las comunidades, al hacer este ejercicio de diagnóstico y planificación participativa, son capaces de reconocer, valorar y gestionar estos bienes comunes. Además, dichas comunidades son capaces de proyectar este ejercicio básico hacia una escala territorial y pensar las transformaciones institucionales que se necesitan para que puedan ser gestionados en forma sostenible. Particularmente, estamos ha-

blando del Código de Aguas de Chile, que la privatiza; de la normativa ambiental, que permite el uso de plaguicidas; de la contaminación odorífera, como en el caso de Cauquenes; de los riesgos de incendio asociados a los monocultivos forestales, entre otros.

En la medida en que la organización esté aislada, atomizada, sin posibilidades de dialogar con otros, queda recluida al espacio doméstico o comunitario. Nuestra apuesta es cómo conectar estas experiencias con otras similares y construir plataformas que permitan poner en discusión la idea de lo que llamamos “diseños territoriales autónomos”, dando un paso más hacia dinámicas de institucionalización. Esto conecta con la coyuntura constituyente en la que estamos hoy. Para hablar de sostenibilidad, sin duda, tenemos que pasar por una dinámica de institucionalización de un alcance mayor y esa es la aproximación que tenemos en el proyecto.

JULIEN: Ante la pregunta sobre cómo se sostienen estas iniciativas y cómo pueden llegar a ser transformadoras, diría que es muy complejo. En el caso de las tres investigaciones son aspectos que estamos mirando, pero también asumimos un rol desde la academia, que busca implicar a los actores que protagonizan estas iniciativas, investigar con ellos; proponemos un diseño de investigación-acción participativa en los distintos proyectos. En el caso de las cartografías sociales, estas son una herramienta para visibilizar lo que está ocurriendo, las dificultades, las barreras para poder movilizar, para poder empujar o apoyar estas iniciativas.

ALEJANDRO: En el caso del proyecto de investigación que estoy ejecutando, el foco de estudio es en un nivel distinto. En el marco de la metodología, contemplo una encuesta que, seguramente, va a entregar datos más bien de carácter estructural respecto a las prácticas de consumo politizado y cómo estas se relacionan con otros factores culturales, sociales, económicos y demográficos. En ese contexto, me parece interesante jugar con la hipótesis de que es posible que surjan prácticas de consumo crítico politizado en contextos de necesidad. Está quedando demostrado en estos momentos de crisis, donde, por ejemplo, se observan prácticas de masificación del trueque, una práctica que va “por el costado” de las lógicas de mercado. Claro que podemos discutir cuál es el nivel de conciencia de las personas que participan en el trueque, pero desde el punto de vista material es, sin duda, una cosa que va “por el costado” del mercado en un escenario de necesidad. Ahora bien, en otros contextos hay evidencia de que “si quiero ser un poco más consciente, debo gastar más plata”, en el sentido de que hay ciertas prácticas que se realizan a partir de la disponibilidad de recursos.

Volviendo al tema del foco del estudio, la encuesta que pretendo hacer me permitirá ver cómo se vincula el consumo politizado con los factores estructurantes de la sociedad que lo explicarían, con foco en Santiago y Talca. Luego, la intención es estudiar distintos niveles de participación, de interacción, y también centrarme en esta especie de “militancia de consumo”, que a veces puede considerarse como una subcultura o un estilo de vida (por ejemplo, los veganos). Desde ahí, y a propósito de la nueva Constitución, destacar que no necesariamente uno es un consumidor o es un ciudadano, donde el ciudadano es quien se preocupa de los temas públicos

y el consumidor está en la esfera privada. Claramente, con todo lo que estamos diciendo, el consumo es una cosa que permite pensar, que permite marcar ciertas preferencias, que nos permite también llegar a pensar iniciativas transformadoras y formar parte de la reflexión sobre la sociedad que queremos construir, cómo queremos consumir o cómo queremos dejar de consumir. Cuando hablamos de consumo no necesariamente nos escapamos de la discusión política. Así, a partir de lo que estamos conversando, la dicotomía entre consumidor y ciudadano queda superada.

Alejandro, me quedó dando vueltas lo que mencionas: “si soy más consciente debo gastar más plata”. Esto se vincula también con cómo las empresas se aprovechan muchas veces de todas estas olas, producto del impacto de los movimientos sociales, y lo transforman en campaña de marketing. Por ejemplo, a partir de temas de género y las luchas feministas, o “estos son huevos de gallinas libres” y te venden los huevos más caros. De alguna manera, todas estas reivindicaciones se distorsionan. Es el mismo modelo que está logrando acaparar el mensaje y comercializarlo.

ALEJANDRO: Es lo que pasa con el eco-consumismo o el *greenwashing*, la redacción y elaboración de los informes de responsabilidad social empresarial, por citar algunos ejemplos. Me parece que Julien se enfoca más en ese tema, porque precisamente está en el corazón de la simulación. Efectivamente, es como un nicho de mercado. Como el eco-consumismo, que en ningún caso apunta a la transformación, sino a seguir replicando la lógica del sistema, basada en consumir más, más y más, y solamente cambia de lugar la preferencia de los consumidores.

Retomando el proceso constitucional que vive Chile hoy, ¿qué temas de los que hemos estado conversando consideran clave en la discusión constitucional?

EDUARDO: En el proyecto sobre comunización de bienes estamos viendo algunos ejes que son bastante problemáticos. El problema del agua debe sí o sí ser discutido en el contexto de cambio constitucional, porque hoy es un bien privado y cualquiera que tenga dinero puede comprar los derechos y, si no raciona el recurso, puede dejar sin agua una cuenca entera y a los grupos humanos que allí viven. De hecho, se ha discutido en algunos foros que los inversionistas privados –a propósito del Acuerdo Integral y Progresista de Asociación Transpacífico (TPP11)²³— podrían, eventualmente, demandar al Estado por entregar derechos de agua que no tienen un sustento real. Imagínense, el Estado teniendo que pagar indemnizaciones a titulares de derechos de agua por entregar un derecho que no tiene sustento material. Imagínense tener también este problema con las forestales, las plantaciones de eucaliptos, de pino, que, en el caso de Cauquenes, ya ocupan la mitad de la superficie comunal y consumen una enorme cantidad de agua, porque no hay regulación. Las aguas subterráneas no están regu-

23 TPP11 es un tratado de integración económica plurilateral en la región Asia Pacífico, que involucra a 11 países (Australia, Brunei Darussalam, Canadá, Chile, Malasia, México, Japón, Nueva Zelanda, Perú, Singapur y Vietnam). Fuente: Subsecretaría de Relaciones Económicas Internacionales (s.f.).

ladas, por lo tanto, no hay cobro de ningún tipo de derecho, no hay necesidad de establecer titularidad. No obstante, basta con que un campesino haga un pozo y tiene que inscribir el agua, porque eventualmente la puede inscribir otro y dejarlo sin este fundamental elemento. Lo otro a integrar a la discusión constitucional es el tema de la biodiversidad y el uso del territorio, porque las grandes superficies forestales son caldo de cultivo para incendios, plagas, desequilibrios ecológicos. Es un tema que tiene que discutirse, no puede ser que tengan miles de hectáreas sometidas al uso de dos especies, con todas las consecuencias que esto tiene. Hace un par de años, se quemó la mitad de las plantaciones y parece que no hubiese pasado nada, seguimos la vida como siempre.

El otro gran tema que me parece interesante, que hemos visto a propósito de este proyecto, es el acceso a bienes comunes: acceso a ríos, a bordes de lago, a la playa, etc. Nuevamente, por las dinámicas de privatización, para muchas comunidades es un acceso denegado. Hicimos un ejercicio en Rari (comuna de Colbún) para ver la potencialidad del turismo comunitario y nos encontramos con que casi todos los bienes que podían ser aprovechados por la comunidad para hacer turismo, estaban privatizados o con problemas de acceso.

Un último eje que me parece debería ser abordado en la nueva Constitución se vincula a la lucha de los viñateros. Durante muchos años, en Chile, el vino de cepa País fue ninguneado. Era como el vino “rasca”, barato, que servía para hacer volumen. Sin embargo, a partir de un trabajo sistemático de varias organizaciones de pequeños productores, se fue instalando la cepa como un eje de desarrollo local. Me refiero a la cepa hispánica, no a la cepa francesa. Es la cepa que llegó con los conquistadores. Entonces, hubo una discusión muy grande en el año 2018 sobre el reconocimiento de la cepa País como una denominación de origen. Hasta ese momento era invisible; aparecía dentro de un marco amplio llamado vino tradicional. Cuando los viñateros plantearon este tema para reformar el reglamento de la denominación de origen, las grandes viñas se hicieron presente planteando que el vino País debería ser una denominación de origen para todo Chile. Lo que ellos querían era entrar al negocio, tomar este tipo de cepa y reproducirlo en sus propias condiciones. Finalmente, la cepa País quedó restringida a Maule y a Itata.

Esta fue una lucha importante, tras lo cual hay otra cuestión de regulación de los mercados que me parece fundamental. La norma actual en Chile, que establece el Tribunal de la Libre Competencia y la Fiscalía Nacional Económica como instituciones, está orientada a resguardar el derecho de los consumidores a obtener precios bajos. De modo tal que, para los viñateros, defenderse de los grandes monopsonios de la uva —que son tres grandes empresas compradoras que dominan el 90% del mercado interno— es extremadamente difícil. En ese sentido, tiene que haber un cambio en la normativa para transformar este criterio, el de favorecer los precios más bajos, por otro concepto que podría ser el comercio justo o el acceso a mercados equitativos, porque lo que este tipo de normativa hace en la práctica es facilitar el abuso de grandes poderes de mercados sobre los pequeños productores. Esto no solamente pasa con el vino, también pasa con la leche y con otros tipos de materias primas.

Sin duda, el abordaje y la reflexión en torno a estos temas son relevantes de cara al proceso constituyente que vivimos, donde se requiere visibilizar y dar valor a nuevas propuestas económicas y poner límites al mercado, el que muchas veces parece ir en contra del buen vivir de las comunidades y de la sociedad en su conjunto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Subsecretaría de Relaciones Económicas Internacionales. (s.f.). Acuerdo Transpacífico - TPP11. <https://www.subrei.gob.cl/acuerdos-comerciales/acuerdo-transpacifico-tpp11#:~:text=El%20CPTPP%20o%20TPP11%20es,%2C%20trabajadores%2C%20agricultores%20y%20consumidores.>